

Tiempo atrás, la erudición alemana había establecido que los ducados, de derecho, formaban parte del patrimonio germánico. La Dieta de Francfort había recogido la afirmación y, por temor de que la opinión pública la dejase atrás, se la había apropiado. Prusia, á su vez, á fin de que nadie la aventajase en popularidad, había suplantado á la Dieta de Francfort. Finalmente, el Austria se ponía al lado de Prusia por temor de que se la acusara de indiferencia por la grande patria; así es que de la malsana mezcla de la ambición y de los celos nació la coalición contra la infeliz Dinamarca.

La inteligencia de las dos potencias se vió claramente cuando, en 28 de diciembre, Prusia y Austria, por medio de una moción común, pidieron que la Dieta intimase á Dinamarca la revocación de la Constitución de noviembre; en caso de negarse, el Sleswig sería ocupado, como lo había sido ya el Holstein. Habiendo declinado la Dieta la solidaridad de una medida muy superior á su audacia, los dos altos confederados declararon que tomarían por su cuenta la agresión. En 16 de enero de 1864 la corte de Dinamarca recibió un ultimátum. Este era tan breve como amenazador: si los consejeros de Cristián IX no habían abrogado la Constitución en el plazo de cuarenta y ocho horas, los dos embajadores saldrían de Copenhague. Así hablaban las dos potencias, pero dorando su conducta con toda clase de explicaciones: la ocupación del Sleswig no sería conquista, sino simple prenda de seguridad: la integridad de Dinamarca sería respetada: si era necesario recurrir á las armas, la mayor moderación presidiría á las condiciones de la paz. Tal era, cuando los miramientos parecían aún convenientes, el lenguaje de Rechberg en Viena y creo que también el de Bismarck en Berlín.

Era inútil disimular, pues la situación de Europa hacía superfluas las excusas. Unida á Dinamarca por tradicional amistad, por una reciente alianza de familia y por el recuerdo de los compromisos contraídos bajo sus auspicios en Londres, Inglaterra pensaba en una mediación. Pero en vano trataba de conmovir á Rusia y de arrastrar á Francia.

De San Petersburgo, lord Napier enviaba noticias desconsoladoras; se tenían pocas esperanzas de que el zar se resignase á hacer observaciones á Prusia. Gortschakoff contemplaba con tranquila serenidad el desenvolvimiento de la crisis: la única conducta que aconsejaba á Dinamarca era que no resistiese y que considerase la invasión como una *ocupación*; de este modo, como la excesiva paciencia de la víctima habría evitado la efusión de sangre, se conservarían hasta el fin las apariencias de la paz (1).

Francia distaba mucho de emplear semejante lenguaje, que hubiese parecido ironía ó complicidad. Pero toda clase de motivos la retraían de la defensa del derecho violado. La cuestión danesa parecía muy mezquina, muy enojosa y sobre todo muy oscura: para debatirla hubiera sido necesario comprenderla, y ¿quién se preciaba de haberla profundizado? A Napoleón le gustaban las causas justas, pero con la condición de que fuesen brillantes. Y aquí el derecho era modesto, aunque sagrado. La potencia á combatir era Prusia, la que

(1) Despacho de lord Napier á lord Russell, 10 y 11 de enero de 1864 (*Denmark and Germany*).

Napoleón acariciaba más entonces, con la esperanza de una acción común y de comunes engrandecimientos. En París aún se tenía muy presente el despacho perentorio por medio del cual lord Russell había rechazado la proposición de Congreso: ¡qué más natural, qué más humano, si no legítimo, que emplear represalias y contestar con la idea de un Congreso al que hablaba de mediación ó conferencia! Por último había una consideración que dominaba á todas las demás. En las Tullerías subsistía el resentimiento por el fracaso de las negociaciones polonesas, y dominaba la resolución de callar en adelante, á menos de que se estuviese á punto de apelar á las armas. Fueron innumerables las veces que el embajador de Inglaterra fué al ministerio de Negocios extranjeros durante aquel mes de enero de 1864. Drouyn de Lhuys le escuchaba sin interrumpirlo y con triste gravedad. No negaba los peligros de Dinamarca y reprobaba, como el enviado británico, los abusos de la fuerza. Pero desde el momento que se le proponía un plan, su ingenio se mostraba prodigiosamente fecundo en objeciones: no se negaba á tomar parte en una conferencia ó asociarse á una mediación, pero era preciso al menos que subsistiese alguna esperanza de acuerdo: las cosas estaban demasiado adelantadas para un arreglo pacífico; entrando en detalles, multiplicaba las interrogaciones: ¿Se podía asegurar el *statu quo* militar y político durante las negociaciones? Los proyectos ingleses ¿serían aceptados por la Dieta? Lord Cowley discutía estas objeciones, procuraba quitarles importancia y añadía con cierta impaciencia: «No evitaremos la guerra observando la marcha de los acontecimientos arma al brazo.» A pesar de todos los argumentos, Drouyn de Lhuys no se dejaba convencer. Si el embajador le acosaba demasiado, él replicaba, no sin cierta secreta intención de reproche, que la reciente campaña en favor de Polonia no estimulaba mucho á reproducir una campaña igual: Francia no se asociaría á Inglaterra sino en el caso de que ésta estuviese decidida á ir más allá de las observaciones, y la conversación terminaba con esos irritantes recuerdos (2).

Lo que completaba la confusión era que la Gran Bretaña, la protectora de Dinamarca, sentía de vez en cuando algún embarazo por su patronato. Como Dinamarca, Prusia le estaba unida por la comunidad de religión, por lazos de familia y por antiguas costumbres de amistad. La reina, en memoria del príncipe Alberto, sentía aversión por todo lo que la separase de Alemania, patria de su esposo. Si se llegase á la guerra, ¿no se haría el caldo gordo á Francia que se extendería hasta el Rhin (3)? En el fondo, la protección parecía muy onerosa. No estaban lejos de reprochar á Dinamarca los cuidados que causaba á Europa. La trataban como á un pariente pobre á quien se auxilia maltratándolo. En el *Foreign Office* se meditaban observaciones enérgicas, pero éstas se atenúan al acercarse á Berlín; á veces no llegaban á su destino y no faltaron ocasiones en que, equivocándose de ruta, fueron á parar á Copenhague.

Bien se vió cuando el ultimátum de 16 de enero lle-

(2) Despachos de lord Cowley á lord Russell, 5, 7 y 14 de enero de 1864.—Véase también *Documents diplomatiques*, 1864, págs. 6-8.

(3) Véase Spencer Walpole, *Life of John Russell*, tomo II, págs. 389-390.—Véase también Evelyn Ashley, *Life of Palmerston*, págs. 425 y 431.

gó á la corte de Dinamarca. La más imperiosa observación fué dirigida, no á las potencias alemanas, sino á los consejeros de Cristián IX. «El gobierno de Su Majestad, escribió en 18 de enero lord Russell á sir Augusto Payet, exhorta seriamente al gobierno danés á revocar sin pérdida de tiempo la Constitución de noviembre en lo que se aplica al Sleswig, y á convocar inmediatamente el Rigsraad á este fin.» Sir Payet se avistó en seguida con el obispo Monrad y se mostró sorprendido de que Dinamarca no hubiese firmado ya su propia inmolación. «¿De qué servirán, replicó Monrad,

notificada por telégrafo á París, á San Petersburgo, á Londres y á Estokolmo. Las potencias no alemanas interpusieron sus buenos oficios y esta vez lo hicieron en términos que no admitían réplica, puesto que Cristián IX emprendía el camino que sus mismos adversarios le indicaban.

En tales coyunturas estallaron las ambiciones prusianas. En Berlín todo se preparaba para una entrada en campaña y los militares se alegraban de probar sus fuerzas después de un largo período de paz. «La cuestión, decía el general Roon, no es una cuestión de derecho,



El general Gablenz

nuevas é ilusorias negociaciones?» Y añadió, con visos de empezar á ceder, que á la nota del 16 de enero seguiría sin duda otra intimación y que tiempo quedaría entonces para consumir el sacrificio si no era posible evitarlo. «¿Qué ganaréis esperando otra intimación?, replicó duramente el diplomático inglés; tendréis veinticuatro horas para decidirlos, en vez de cuarenta y ocho; ese será todo vuestro beneficio.» La conversación duró largo rato. Vencido al fin, Monrad sacó de su cartera un escrito preparado de antemano: era una declaración del gobierno danés que se obligaba á convocar el *Rigsraad* y hacer votar por él la revocación de la Constitución. Sir Augusto Payet se hizo leer varias veces el documento, analizó todos sus términos, lo juzgó «casi satisfactorio,» y, después de haber indicado algunos retoques, estimó que su cliente se había mostrado bastante dócil. «Si esa última concesión es rechazada por Austria y Prusia, escribió á Russell, no se podrá deducir de esa negativa más que una cosa, y es que las dos potencias alemanas, lo mismo que la Confederación germánica, persiguen nada menos que el desmembramiento de Dinamarca (1).»

En 21 de enero, la resolución del gabinete danés fué

(1) Despacho de sir Augusto Payet á lord John Russell, 19 de enero de 1864.

sino una cuestión de fuerza, y la fuerza la tenemos.» Bismarck negó todo nuevo plazo y no aceptó las concesiones danesas. El Austria apeló á toda clase de razonamientos útiles para disimular la injusticia. Como se acercaba enero, prusianos y austriacos invadieron el Holstein con sus contingentes federales. En 30 de enero, el feldmariscal Wrangel, en una breve intimación, notificó al comandante militar danés que tenía orden de ocupar el Sleswig y, por consiguiente, le invitó á evacuarlo. En 1.º de febrero de 1864 los aliados pasaron el Eider. Europa, que había soportado la invasión de las Marcas, hizo poco caso de esta nueva invasión. No adivinó al émulo de Cavour ó no se dignó detenerlo á su primer paso. Después de todo, ¿no habían hecho ya bastante en favor de la pequeña Dinamarca? El litigio estaba enredado, la víctima era humilde y el campo del combate estaba lejos. Pero el derecho no se mide por el brillo ni por la importancia del objeto que ampara; y aquel derecho que no habían defendido á orillas del Eider habrían de defenderlo un día á orillas del Rhin.

III

El ejército aliado se componía de sesenta mil hombres bien armados, bien equipados y bien disciplinados

y tan firmes desde el punto de vista de la fuerza como débiles en cuanto al derecho. Los prusianos estaban á las órdenes del príncipe Federico Carlos y los austriacos á las del general Gablenz; el mando superior lo desempeñaba el feldmariscal Wrangel. Los combatientes sabían que tenían detrás todas las reservas, todos los recursos de dos poderosos imperios. Los daneses, aun después de haber mermado las guarniciones, sólo disponían de treinta mil soldados, inferiores al enemigo por su instrucción y por su armamento, y no contaban más que con la bondad de su causa y también con su bravura. A pocas leguas al Norte del Eider extendíase una línea de obras defensivas conocidas con el nombre de *Danewirke*, que, según general creencia, constituía el baluarte del reino; y los dinamarqueses más patriotas hacíanse la ilusión de que detrás de aquellos reductos, construidos en un país propicio á la defensa, podrían contener al enemigo el tiempo suficiente para que el honor quedara á salvo y para que Europa interviniera. Pero se vió que hasta esta modesta esperanza era demasiado orgullosa, y los generales de Cristián IX, convencidos de su debilidad, no juzgaron conveniente arriesgar su único ejército desde el comienzo de la campaña, por lo que la línea del *Danewirke* fué abandonada sin resistencia el día 5 de febrero. Cuando se supo esto en Copenhague, consideróse el hecho tan inverosímil que al pronto nadie quiso dar crédito á la noticia. Mas no tardó la incredulidad en ceder el puesto primero á la consternación y luego á la cólera; y como acontece en todos los pueblos desgraciados, aun en los mejores, corrieron rumores de traición, llegando las protestas hasta el mismo rey, de quien se decía que era más príncipe germánico que monarca nacional, y por añadidura inepto para defender la patria. En el entretanto, el ejército retrocedía á través del Sleswig, y aunque sostuvo algunos honrosos encuentros, éstos no compensaron el daño de aquella retirada. Dos posiciones fortificadas quedaban únicamente para la defensa del territorio: en el Sleswig, Düppel, cerca de la isla de Alsen; en la Jutlandia, Fredericia, junto á la isla de Fionia. Cierta que los daneses conservaban una gran fuerza, su flota; pero el invierno aprisionaba la costa con sus hielos y mucho tiempo había de transcurrir todavía antes de que el Báltico, libre de aquéllos, les permitiera mostrarse tan osados marinos como en realidad eran.

Jamás príncipe alguno había hecho el aprendizaje de la realeza en peores condiciones que Cristián IX. ¿Qué podía hacer el monarca más que volver los ojos hacia Europa? Había ésta trabajado con escaso empeño para conservar la paz: ¿mostraríase más previsora una vez declarada la guerra? El rey dirigió á las potencias no alemanas un llamamiento apremiante, invocando á su favor un título antiguo y otro nuevo: el antiguo era un acta de 1720 por la que Francia é Inglaterra habían asegurado á Dinamarca la posesión del Sleswig; el nuevo era el tratado de 8 de mayo de 1852 que había proclamado la integridad de los Estados daneses y fijado reglas para la transmisión de la corona.

La protesta salió de Copenhague el 11 de febrero, y aquella demanda de auxilio comunicó gran urgencia al desenvolvimiento de los hechos de guerra. El 17 de febrero entraron los aliados en la Jutlandia y ocuparon Kolding, noticia que fué acogida con estupor, porque

demonstraba que ya no se trataba del Holstein, territorio federal, ó del Sleswig, territorio litigioso, sino que la invasión se extendía en plena tierra danesa, allí donde nunca había sentado su planta un alemán. Bismarck, interpelado por los diplomáticos, respondió, según afirmó lord Russell, que la ocupación se había realizado sin orden suya, pero que, esto no obstante, continuaría (1); el gobierno de Viena invocó, no sin cierto embarazo, algunas consideraciones estratégicas (2); y, finalmente, los alemanes, tan amigos de pleitos como soldados, encontraron otra explicación, á saber, que los dinamarqueses detentaban todavía una parte del Sleswig que los aliados habían recibido orden de tomar á título de prenda y que en tales circunstancias la invasión de la Jutlandia era una compensación de los territorios sleswiguenses que las tropas de Cristián IX no habían aún abandonado.

Por muy triste que fuese la guerra, no lo fué más que la política. Entonces se vieron las primeras señales de la gran confusión en que había de hundirse la antigua Europa: Francia, si salía de su mutismo, era para sugerir vagamente, muy vagamente, la idea de un plebiscito; Rusia seguía sin gran interés unas complicaciones de las cuales sólo Prusia debía beneficiarse; Austria comenzaba á sentir de cuando en cuando un principio de arrepentimiento; y Prusia hablaba de su amor á la paz, pero hacía fracasar todo aquello que podía asegurarla. En la Confederación germánica reinaba un sentimiento confuso, lleno de ingenuas sorpresas y de desengaños, pues los Estados pequeños veían que sus poderosos vecinos les dejaban atrás y que antes de poco se encontrarían con las manos vacías y con un solo recuerdo, el de sus aviesas intenciones mal recompensadas. En esta situación enmarañada, la Gran Bretaña multiplicaba sus despachos y preparaba los elementos del *Blue-book* (Libro azul) más voluminoso que hasta entonces había publicado. Después de hacer suya la petición de armisticio formulada por Dinamarca, ¿cuántos proyectos no llegó á formular! ¡Conferencia con armisticio, conferencia sin armisticio, conferencia con bases, conferencia sin bases! Por desgracia no sabemos qué admirar más, si la facilidad con que lord Russell variaba sus combinaciones ó la sutil habilidad de las potencias para encontrar objeciones que oponerle.

Todo esto duró dos meses, durante los cuales la situación de Dinamarca iba de mal en peor: en el Holstein, los austro-prusianos se sustituían progresivamente á sus confederados, y los invasores del Sleswig apresuraban la conquista á fin de presentarla en el momento de las negociaciones como un hecho consumado, destruyendo todos los signos exteriores de la soberanía danesa, declarando obligatoria la lengua alemana, destituyendo á los funcionarios dudosos, y cambiando los ministros del culto y los maestros. La Jutlandia no tardó en padecer todos los males de la guerra, especialmente las contribuciones ruinosas. Sin embargo, el principal esfuerzo de los aliados se concentraba en Düppel: el sitio de aquella plaza había comenzado y nadie dudaba de que esta operación sería el acto decisivo de la cam-

(1) Véase *Cámara de los Iores*, 26 de febrero de 1864 (*Parliamentary Debates*, tomo CLXXIII, pág. 1159).

(2) Despacho del duque de Gramont al Sr. Drouyn de Lhuys, de 25 de febrero de 1864 (*Correspondance inédite*).

paña. Allí á lo menos la resistencia de Dinamarca era valiente, tenaz y con algunas afortunadas alternativas; y aquel pequeño destello de gloria iluminaba á intervalos las densas tinieblas en que se veía envuelto el pobre pueblo vencido.

Al fin llegó un día en que se resolvió la reunión de una conferencia que había de celebrarse en Londres y en la cual se hallarían representados los cinco grandes Estados, como también Dinamarca, la Confederación germánica y Suecia, y desde aquel momento los más optimistas esperaron que el conflicto tendría un pronto arreglo; pero esta esperanza iba á resultar completamente vana, pues todos los que iban á reunirse para proclamar el derecho, no habían de hacer otra cosa que proclamar su impotencia.

Hubo un instante en que se creyó que de la inteligencia de Francia con Inglaterra saldría un plan de conducta que acaso se impondría. El día 13 de abril salió de Londres con dirección á Francia lord Clarendon: la elección de mensajero no podía haber recaído en persona más grata al emperador, quien en otro tiempo había prodigado al noble lord los testimonios de su más alta consideración. Aquel hombre de Estado inglés recordaba los días brillantes del Congreso de París, los mejores tiempos de aquella alianza británica que, según máxima poco discutida todavía, era juzgada omnipotente para asegurar la paz del mundo. El lenguaje de Napoleón demostró muy pronto al enviado de Inglaterra cuáles sentimientos dominaban en los consejos del imperio. Una consideración perentoria preocupaba al monarca, el cual la expuso en seguida sin ambages ni rodeos: «Hemos recibido, dijo, una gran bofetada de Rusia en la cuestión polaca, y no podríamos recibir, á propósito de Dinamarca, otra de Alemania sin devolverla, so pena de ser despreciados. Ahora bien, añadió acentuando mucho estas palabras; no estoy preparado para la guerra.» Después de esto, el emperador explicó, aunque más brevemente, los otros motivos que le impulsaban á abstenerse, á saber: que el Cuerpo legislativo deseaba la paz; que en la cuestión danesa no estaban comprometidos ni el honor ni los intereses de Francia; que, en caso de intervención, se le acusaría de procurar ventajas para su país y de ambicionar la conquista del Rin; y que no podía defender la causa de las nacionalidades en Venecia y combatirla en los ducados. En su consecuencia, lord Clarendon regresó á Londres sin haber podido combinar una acción común (1). Mientras tanto, el jefe del *Foreign-Office* expedía cartas de invitación para la conferencia, cartas lacónicas, vagas y que se reducían á expresar la esperanza de que los plenipotenciarios, con la ayuda del cielo, darían al mundo «las bendiciones de la paz.» Razón tenía, en verdad, lord Russell para usar este lenguaje, pues Dios había de hacerlo todo, ya que los hombres tan poco hacían.

En tanto que llegaban las *bendiciones de la paz*, los prusianos activaban vigorosamente sus operaciones contra Düppel, cuyo asalto intentaron en 18 de abril, habiéndose apoderado de los reductos y habiendo obligado á sus adversarios, á pesar de su valor, á refugiarse en la isla de Alsen. Bajo la impresión de esta noticia

(1) Véase Spencer Walpole, *Life of lord John Russell*, tomo II, págs. 390 y 391.

reunióse la conferencia. El día 20 de abril dirigiáanse á *Downing-Street* los miembros de la asamblea: eran éstos los representantes de Dinamarca, Sres. de Quaade, Bill y Krieger, agobiados por el peso de la derrota y apercibiéndose á defender lo que quedaba de sus hogares; el de Suecia, casi tan consternado como aquéllos, pues toda la raza escandinava se sentía herida en Dinamarca; los ministros de las grandes potencias, el señor de la Tour d'Auvergne, embajador de Francia y destinado á representar un papel poco brillante para tan gran nación; el Sr. de Brunhoff, embajador de Ru-



El general Wrangel

sia, uno de los promotores del tratado de 1852, y que luchaba entre las instrucciones de su corte, muy fría para con los vencidos, y el respeto del solemne documento que en otro tiempo firmara; y, por último, lord Russell, jefe del *Foreign-Office*, y lord Clarendon. Cuando se pasó lista, observóse que faltaban los alemanes: el Sr. de Beust, ministro de la Confederación germánica, no había llegado; el Sr. de Bernstorff, ministro de Prusia, no quería concurrir á las sesiones sin él, y naturalmente, el embajador de Viena imitaba al de Berlín.

No pudiendo constituirse en asamblea, los plenipotenciarios aplazaron su reunión para el 25 de abril. Por añadidura, la Gran Bretaña les ofrecía un espectáculo muy á propósito para distraer sus ocios. ¿Qué importaban los áridos trabajos de la conferencia? En aquellos días, la ciudad de Londres tenía fija toda su atención en un huésped extraordinario que acababa de desembarcar en Southampton: aquel huésped era Garibaldi. El solitario de Caprera tenía muchos títulos para ser aclamado á orillas del Támesis; siendo el principal de ellos su hostilidad al papismo. Cuando los ingleses hacen locuras, no las hacen á medias; así es que la ovación fué más excéntrica aún que el mismo héroe objeto